

de su trabajo de indagación y encuesta, acompañado por las oportunas reflexiones que enriquecen esta tarea y la separan afortunadamente del centón erudito.

En estos tiempos en que tanta —y suponemos que efímera— vigencia ha adquirido la noción de “canon” y los debates teóricos en torno a ella, Maxime Chevalier, como ha venido haciendo en todas sus obras, nos ofrece a propósito de las letras áureas una sencilla lección sobre la naturaleza histórica del concepto de lo canónico, de la variedad de su constitución y de la necesidad de contar con los elementos que lo circundan en sus márgenes para entender y apreciar su exacta naturaleza, pues no podemos acercarnos —menos aún tras la publicación de este volumen y de las anteriores obras del autor— a las letras cultas sin contar con la palabra viva y vivificadora de los cuentecillos tradicionales. [PEDRO RUIZ PÉREZ].

FUENTES RODRÍGUEZ, C., *La organización informativa del texto*, Madrid: Arco/Libros (Cuadernos de Lengua Española), 1999, 96 págs.

Obras fundamentales y ya imprescindibles de Catalina Fuentes Rodríguez son *Sintaxis oracional (Las oraciones consecutivas en español)* (Sevilla, Alfar, 1985), *Enlaces extraoracionales* (Sevilla, Alfar, 1987), *La sintaxis de los relacionantes supraoracionales* (Madrid, Arco/Libros, 1996) y *Aproximación a la estructura del texto* (Málaga, Ágora, 1996). Tras el titulado *El comentario lingüístico-textual* (Madrid, Arco/Libros, 1998), su libro más reciente es *La organización informativa del texto*, en el que continúa su preocupación por el campo de la sintaxis a la vez que intensifica su investigación en el ámbito novedoso de la lingüística textual.

Este libro, dividido en cinco capítulos cortos, sintéticos, como corresponde a su estructura de “cuaderno”, se abre con una brevísima Introducción en la que se exponen los objetivos: ver cómo se presenta la información en un texto, cuáles son los componentes de éste y qué mecanismos los señalan y relacionan; además de servir para inscribir el trabajo en ese campo de investigación “ahora tan en boga y tan necesario de conocer, del entramado textual” (pág. 7).

Los capítulos II y III (“¿Qué es la estructura informativa?” y “Estructura textual”) siguen un proceso gradual. El primero intenta aclarar qué debe entenderse por “información”, repasando algunas de las teorías actuales y sentando la base de que lo fundamental de la actividad lingüística es precisamente informar, por lo que sintaxis, semántica e incluso fonética son estructuras coadyuvantes del acto informativo; éste supone, ineludiblemente, la existencia de tres etapas paralelas (cuyos aspectos introduce la autora): la enunciación, el texto y la adecuación al oyente. En cuanto al contenido del segundo, está centrado en lo que se denomina “macroestructura” y “superestructura” de un texto. La autora explica la diferencia y la aplica a varios tipos de textos (periodísticos, expositivos, literarios, publicitarios...), una metodología que a partir de ahora va a ser ya constante en todo el libro y que contribuye, evidentemente, a aumentar la comprensión de las exposiciones teóricas. Y dado que el factor más importante para indicar, desde el punto de vista del hablante, la relevancia o no relevancia de una información es el orden, en estas

páginas aparece destacado como primer elemento estructurador de la misma. El orden condiciona la macroestructura (o sea, la división en párrafos) pero habrá de tenerse en cuenta que ésta, desde un principio, viene exigida a su vez por la superestructura (es decir, por el tipo de texto). Los ejemplos comentados, pertenecientes al género periodístico informativo, ilustran sobradamente lo esencial de este apartado, que reserva su último epígrafe para comparar cómo se dispone la información de una misma noticia aparecida en dos periódicos diferentes, lo que sirve para demostrar la importancia de la intencionalidad del periodista y, en relación con ella, de la jerarquía de los párrafos.

El siguiente paso que da Fuentes Rodríguez en su exposición consiste en analizar la "microestructura" de un texto, englobando en ella los "elementos que componen los enunciados" (pág. 38). Es éste el capítulo más extenso de todo el libro, y, en consecuencia, son muchos los conceptos de índole sintáctica o discursiva puestos en juego. La autora va repasando por epígrafes cada uno de los más significativos y se refiere, en primer lugar, al valor de las pausas para delimitar enunciados, confiriéndole a éstos determinada virtualidad informativa e indicando, en numerosas ocasiones y con variados procedimientos, el énfasis necesario que está en consonancia con la intención comunicativa. En segundo lugar, analiza determinados enunciados formados exclusivamente por una oración nominal, de la que destaca sus variadas posibilidades de interpretación. Aunque la correcta interpretación, en general, depende también de otras expresiones discursivas que delatan aspectos de la enunciación: entre ellas, son fundamentales los apoyos discursivos, los elementos reformulativos y apelativos, o las expresiones polifónicas. No quedan en el olvido, tampoco, las unidades que dentro del enunciado tienen una función focalizadora, como *es que* (incluidas sus variantes formales), *precisamente*, *si...*, o los segmentos oracionales denominados "incisos" y "estructuras parentéticas". Estas últimas (a las que la autora, por cierto, ha dedicado una investigación independiente) aparecen definidas como conjuntos de "información adicional, no pretendida [...], tan importante que la persona no podía esperar a terminar la frase para decirlo" (pág. 61). Es necesario (y no parece fácil) saber diferenciar entre inciso y estructura parentética, y en el caso de la segunda, observar sus diferentes valores discursivos, porque tendrán consecuencias en la organización informativa de los enunciados. Igual que la tienen también distintos procedimientos cohesivos comentados a continuación: la deixis, la repetición y los conectores, de los que a lo largo de veintiuna páginas se examinan distintas clases. Y así, se empieza hablando de los "ordenadores de la materia discursiva" (*primero, segundo, por otra parte, en fin*) y se continúa con los "aditivos" (dándose ejemplos para deducir el funcionamiento de, entre otros, *y, también o además*) y luego con los "adversativos" (resaltando de ellos el valor pragmático de contraargumentación), los "concesivos" (atendidos muy fugazmente) y los "causativos" (haciendo una separación entre los de significado causal, como *ya que* o *de hecho*, y los de orientación consecutiva, representados por *pues bien*).

El último capítulo está centrado en la estructura argumentativa, que nace de un deseo "de manipular al otro" y "de la adecuación del enunciado al oyente" (pág. 87). Y dado que "argumentar" es un proceso basado en la relación existente entre dos componentes

informativos, la "conclusión" y los "argumentos", los cinco párrafos de que se compone el capítulo tienen como objeto demostrar -siempre a partir del análisis de textos concretos - la distinta ordenación con que suelen presentarse tales componentes, de qué manera y con qué tipos de conectores se vincula la información que les corresponde, todo lo cual da lugar a que puedan señalarse dos estructuras argumentativas básicas: "conclusión-argumento" o "argumento-conclusión", que a su vez pueden quedar modificadas con la inserción de otros medios sintáctico-pragmáticos orientados a la argumentación y que alteran el contenido informativo: en este punto, se analizan las argumentaciones con apelativos y las conclusiones reafirmadas.

Una vez leído el libro, centrado en los aspectos que hemos ido resumiendo, queda claro que la información contenida en un texto se organiza de diversas formas dependiendo de múltiples factores: orden, focalización, presencia de elementos enfatizados, aparición de argumentos fuertes... El resultado es una exposición ágil, descargada de definiciones, con ejemplos abundantes y comentarios adecuados al contexto; en ellos se busca siempre el contenido informativo midiéndolo con criterios pragmáticos: novedad, reflejo de la intención del hablante, adecuación al oyente, aparición de marcas discursivas, etc.

Creemos que la publicación que reseñamos, junto con otras de M. Casado Velarde (*Introducción a la gramática del texto del español*), de T. Jiménez Juliá (*Aproximación al estudio de las funciones informativas*), o de A. Briz Gómez (*El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmagramática*), servirá sin duda para explicar, por un lado, y comprender, por otro, la sintaxis y pragmática del español, dos campos interrelacionados por los que cada vez se manifiesta mayor interés y en los que con frecuencia descubrimos aciertos de investigación y de aplicación. [ANTONIO MORENO AYORA].

## Entre las ruinas

*El siglo expira. 1995-1999 (Última poesía en Córdoba)*. Coordinación de Daniel García Florindo. Córdoba: Aula de Cultura de la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, 1999.

Toda antología es, en última instancia, por debajo de las polimorfas apariencias que puede adquirir, un juego de artificio, en el que la realidad salvaje e irreductible de las páginas escritas se acota, se selecciona, se ordena y se dispone, transformando en reglado jardín el desorden de la naturaleza. Es la selección de las flores que aparecen en el sentido etimológico del término. En este sentido, la antología es una foto fija, que detiene el fluir de la realidad en un instante perpetuo, en una imagen escogida cuyo único dinamismo puede provenir de la orientación que se introduzca, en la apuesta que late en los criterios de selección, que, sobre artificiosos, siempre son subjetivos, personales y, en la mayoría de los casos, intransferibles. Y es que, como el DNI, la antología no sólo refleja el objeto de que trata, sino también al sujeto que la realiza, que deja con ella una imagen de sí mismo, de sus criterios, de su lectura.